

en Albacete, caído del bolsillo de Chiquita durante su corto sueño, y cuya aguda hoja llevaba esta amenazadora divisa:

Quando esta vívora pica,  
No hay remedio en la botica.

Aquel misterioso hallazgo dió mucho que pensar al Tirano y preocupó á Isabel, que era algo supersticiosa y desde luego deducia presagios, buenos ó funestos, de esos pequeños incidentes desapercibidos ó sin valor á los ojos de los demás. La jóven, como las personas algo instruidas de aquella época, hablaba el castellano, y no se le escapó el sentido alarmante de la inscripcion.

El Intrigante habia partido con aire soberbio y triunfante para la aldea vestido con su bonito traje á rayas color de rosa y blancas, su gran gorguera convenientemente ahuecada y abollonada, la toca sobre los ojos y la capa levemente apoyada en el hombro. Caminaba repeliendo su tambor con la rodilla con movimiento automático y acompasado que á la legua olia á militar; en efecto, el Intrigante lo habia sido antes de hacerse cómico. Cuando, escoltado ya por algunos pilleles que se maravillaban de su bizarra apostura, hubo llegado á la plaza de la Iglesia, se aseguró la toca, se afirmó sobre sus piés, y atacando la piel de asno con sus baquetas, produjo un redoble tan seco, tan magistral, tan imperativo, que, como la trompeta del juicio final, hubiera despertado los muertos. Júzguese pues del efecto que produjo en los vivos. Como movidas por un mismo resorte abriéronse todas las puertas y las ventanas, y aparecieron en cada una de ellas cabezas con su gorro de dormir encasquetado dirigiendo á la plaza miradas despavoridas. Un segundo redoble, vivo como una descarga de mosquetería y grave como un trueno, vació las casas, en las que no quedaron sino los enfermos, achacosos y parturientas. Al cabo de algunos minutos, toda la aldea reunida formaba un ancho círculo al rededor del Intrigante. Para mejor fascinar al público, el astuto cómico ejecutó en su caja muchos toques de modo tan vivo,

tan exacto y tan diestro que las baquetas desaparecian, aunque las muñecas parecian no moverse. Cuando vió las bocas de los campesinos afectar la forma de una O que, segun los maestros pintores, en sus cartapacios de caracteres, es la expresion suprema de la admiracion, paró de repente la batahola; luego, despues de corto silencio, comenzó con voz chillona, de la que variaba fantásticamente la entonacion, la siguiente enfática y burlesca perorata:

«Sólo por esta noche, ¡gran funcion! ¡representacion extraordinaria! los ilustres cómicos de la compañía ambulante dirigida por el señor Herodes, que han tenido el honor de representar delante de las testas coronadas y de los príncipes de la sangre, hallándose de paso en este país, darán por única vez, pues son esperados en la capital, donde la corte desea verles funcionar, una comedia maravillosamente divertida y cómica, intitulada *¡las Bravatas del Capitan Estruendo!* con trajes nuevos, escenas inéditas y palos moderados, los más divertidos del mundo. Por fin de fiesta, la señorita Serafina bailará la morisca, aumentada con pasapiés, trenzas y cabriolas al último gusto del dia, acompañándose del pandero que maneja con más primor que una gitana española. El que lo vea va á divertirse en grande. La representacion tendrá lugar en la troj de maese Bellombre, dispuesta á este efecto y abundantemente provista de bancos y luminarias. Trabajando más por la gloria que por el lucro, aceptaremos no sólo dinero, sí que tambien los generos y provisiones de boca de los que carezcan de moneda. ¡Corra la voz!»

Concluido su discurso, el Intrigante tocó, á manera de peroracion final, un redoble tan furioso, que los vidrios de la rosa de la iglesia temblaron en su armadura de plomo y muchos perros huyeron aullando, más despavoridos que si les hubiesen atado calderos á la cola.

En el cortijo, los cómicos, ayudados por Bellombre y sus criados, habian ya trabajado. En el fondo de la troj, dos tablas colocadas sobre toneles hacian las veces de escenario, y



tres ó cuatro bancos prestados en la taberna servian de localidades; pero, dado el precio, no podia exigirse que fuesen rellenas de crin y forradas de terciopelo. Las arañas hilanderas se habian encargado de adornar el techo, y las anchas rosáceas de sus telas se suspendian de una á otra viga. ¿Qué tapicero, aunque hubiese sido de la corte, hubiera podido fabricar una colgadura más fina, más delicada y aéreamente elaborada, aun en raso de China? Aquellas colgantes telarañas parecian á esos estandartes blasonados que se ven en los capítulos de los caballeros y órdenes reales. Espectáculo muy noble para quien, en imaginacion, se hubiese figurado asistir á estas espléndidas fiestas.

Los bueyes y vacas, de los que por medida de aseo se habia sacado la boñiga, se admiraban de aquella zambra insólita y á menudo desviaban la cabeza de su pesebre, lanzando largas miradas hácia el teatro donde los cómicos iban y venian, ensayando el sainete, á fin de enseñar á Sigognac las entradas y salidas.

—Mis primeros pasos en la escena,—dijo riendo el Barón,—tienen por espectadores bueyes y bestias de cuernos; habria para humillar mi amor propio, si yo tuviese.

—Y no será esta la última vez que tal suceda,—contestó Bellombre;—en la platea hay siempre imbéciles y maridos.

Para ser novicio, Sigognac, no lo hacia del todo mal, y se conocia que se formaria rápidamente. Tenia buena voz, firme memoria, era bastante instruido y poseia suficiente imaginacion para añadir á su papel esas réplicas que nacen de la ocasion y dan mayor animacion á las escenas. Los garrotazos que acompañaban la pantomima le incomodaban en extremo y excitaban su coraje, aunque se los diesen con rodetes de tela pintada llenos de estopa; sus camaradas, que sabian su calidad, los economizaban lo más posible, y sin embargo el buen Sigognac se irritaba á pesar suyo, hacia terribles gestos, fruncia horrorosamente las cejas y lanzaba torvas miradas.

Luego, recordando de repente la índole de su papel, volvía á tomar una fisonomía cobarde, despavorida y tímida.

Bellombre, que le miraba con la atencion perspicaz de un antiguo cómico experimentado y pasado maestro, le gritó desde su sitio:

—Procurad regular esos movimientos espontáneos; son muy buenos y producirán una nueva variedad de Matamoros. Cuando ya no esperamenteis esos coléricos accesos y furiosa ira, fingidlos por artificio: Estruendo, que es el personaje que teneis que crear, pues quien va detrás de los otros no pasa jamás de segundo, quisiera en el alma ser valiente; ama el valor, los valientes le agradan, y se indigna contra sí mismo de ser cobarde. Léjos del peligro, no sueña más que en hazañas heróicas, empresas sobrehumanas, gigantescas; pero cuando el peligro llega, su imaginacion demasiado viva le presenta el dolor de las heridas y el chato rostro de la muerte, y se descorazona; se subleva ante todo á la idea de dejarse batir, y la rabia le acibara el estómago, pero el primer golpe echa por tierra su resolucion. Este método vale más que esas titubeaciones de piernas, desencajamiento de ojos y otros visajes, más de mono que humanos con los cuales los malos actores mendigan las carcajadas del público y pierden el arte.

Sigognac siguió los consejos de Bellombre y ajustó tan bien su papel á la idea de este, que los actores le aplaudieron y le auguraron un triunfo.

La representacion debia tener lugar á las cuatro de la tarde. Una hora antes, Sigognac se embutió dentro del traje de Matamoros que Leonarda habia ensanchado deshaciendo las alforzas á que se hubo de recurrir como consecuencia de los sucesivos enflaquecimientos del difunto.

Al introducirse en aquel despojo, se le acudió al Barón que hubiera sin duda sido más glorioso cubrirse con un colete y una armadura como sus antepasados que disfrazarse de histrion para representar un fingido valiente, él que verdade-



ramente lo era y se sentia capaz de llevar á cabo proezas y hechos heróicos; pero la adversa fortuna le reducía á aquel fatal extremo, y no le quedaba otro medio de existencia.

El público iba llenando la troj. Algunas linternas suspendidas de las vigas que sostenian el techo desparramaban rojiza luz sobre aquellas cabezas negras, rubias, entrecanas, entre las que se destacaban algunas cofias de mujer.

A fin de evitar que se pegase fuego á la paja ó al heno, colocáronse tambien én la orilla del escenario faroles en vez de candilejas.

Dióse principio á la comedia, que fué escuchada con atencion.

Como el fondo de la escena no habia sido iluminado, detrás de los actores se proyectaban grandes y ridículas sombras que parecian parodiar la pieza y contrahacer todos los movimientos de los cómicos con actitudes dislocadas y fantásticas, pero este grotesco detalle no fué notado por aquellos sencillos espectadores, embebecidos en la fábula de la comedia y el movimiento de los personajes, á los que tomaban por verdaderos.

Algunas vacas, á las que el alboroto impedia dormir, miraban la escena con esos ojos de los que Homero, el poeta griego, hace un epíteto lisongero á la belleza de Juno, y un becerro, en un punto culminante, exhaló un gemido lamentable que no destruyó la robusta ilusion de aquellos honrados palurdos, pero que por poco hace desternillar de risa á los cómicos.

El Capitan Estruendo fué aplaudido repetidas veces, pues desempeñaba bien su papel, no experimentando delante de áquel vulgar público la emocion de que se hallara poseido ante auditorio más exigente y más instruido. Por otra parte estaba seguro de que entre aquellos rústicos nadie le conocia. Los demás cómicos, en las escenas más culminantes, fueron furiosamente palmoteados por aquellas callosas manos que no se mostraban avaras de demostraciones de agrado, y

que, segun Bellombre, lo hacian oportuna y justificadamente.

Serafina ejecutó su morisca con expresion tan voluptuosa, actitudes tan arqueadas y provocadoras, mezcladas de saltos llenos de flexibilidad, cambios de piés tan rápidos, y desplegó tantas gracias, que hubiesen hecho desfallecer de gozo aun á personas de calidad y á cortesanos. Sobre todo estaba encantadora cuando, agitando encima de su cabeza su pandetera, hacia resonar las laminas de cobre, ó bien cuando arrancaba con su dedo pulgar y con la destreza de una pandetera de profesion un sordo ronquido de la ennegrecida piel.

Entretanto en el descalabrado castillo de Sigognac los viejos retratos de ascendientes colocados á lo largo de las paredes tomaban un aspecto más avinagrado y más ceñudo que de costumbre. Los guerreros exhalaban suspiros que levantaban sus petos de armas, y sacudian melancólicamente la cabeza; las señoras hacian una mueca desdeñosa sobre sus gorgueras, y se atiesaban en sus cuerpos de ballena y sus polisones. Una voz baja, lenta, sin timbre, voz de sombra, se escapaba de sus pintados labios, y murmuraba: «¡Ah! ¡el último de los Sigognac ha degenerado!»

En la cocina, sentado tristemente entre Belzebú y Miraut, que fijaban en él intensas interrogadoras miradas, Pedro pensaba: «¿Dónde se encuentra ahora mi pobre señor?...» y una lágrima, enjugada por la lengua del perro, se deslizaba por la curtida mejilla del viejo criado.